



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

Antonio Padrón,
Editor y Administrador.

SAN JOSÉ, 10 DE MARZO DE 1894.

Administración.
Calle 19 N. núm. 69.



DOÑA JULIA ODIO DE ODIO

(DIBUJO DE VALIENTE.)

SUMARIO.

EL ASESINATO DE DOÑA JULIA DE ODIO.

LA MAGNOLIA, soneto, por Juan F. Ferraz.

UNO MÁS... por Howard.

MEDALLONES, por Justo A. Facio.

TARJETAS.—Ricardo Fernández Guardia, por A. A. Ambrogi.

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, por Juan F. Ferraz.

Album musical.

MISS HELYETT, tanda de valeses por Ed. Andran.

EL ASESINATO DE DOÑA JULIA ODIO DE ODIO.

No se registra en las páginas de la historia criminal de Costa Rica un hecho más espantoso que el ocurrido en la madrugada del 18 de Enero en una de las calles más céntricas de la propia capital de la República y en circunstancias verdaderamente extraordinarias y terribles.

Doña Julia Odio, guapa y hermosa mujer de 32 años de edad, perteneciente á una familia cubana há tiempo radicada en el país, había casado á los 15 años con un tío suyo, don Osbaldo Odio, quien logró allegar en Costa Rica un capital de más de \$ 300,000, del cual gran parte ganó dando dinero á un fuerte tipo de interés, pues últimamente se había convertido en una especie de banquero judío.

El señor Odio tenía un carácter tan retraído que vivía casi alejado de la sociedad en la que rarísimas relaciones contaba, gozando siempre cada vez más fama de hombre avaro y miserable.

Posteriormente, y con motivo de un juicio de divorcio que su señora le entabló, por el que se hicieron ya del dominio público ciertos detalles privados de su modo de proceder en el hogar, Odio, si bien no era querido, pasó desde entonces á ser detestado y aborrecido de todos.

En la demanda de divorcio la señora de Odio amargamente se quejaba ante el Juez de que su marido hacía dos años venía dándole una vida insoportable, á menos que renunciara ella á todo sentimiento de dignidad, á menos que se nivelara con los brutos; se quejaba de que á pesar del capital que tenían y la posición social que ocupaban, trataba de sostener los gastos de la casa, compuesta de diez personas sin incluir criados, con sólo dos pesos al día. Decía ella: "se conduce en el supuesto de que con tal de que no padezca yo hambre y tenga ropas con las cuales cubra mi cuerpo, mis necesidades personales tienen que estar satisfechas."

Pero al inicio esposo no le bastaba con las privaciones á que sujetaba á su señora, sino que á esto añadió la injuria de quitarle el manejo pecuniario de la casa, y desde entonces él directamente suministraba á la sirvienta lo necesario

para las compras, sin que de esto le diera pena ni se ruborizara. Pero aquí no paró tampoco el deseo de humillarla y de hacerle la vida insufrible, pues un día, sin que hubiera por qué ni para qué publicó un aviso en un diario de esta ciudad en que manifestaba que no respondía de otras cuentas que las que él personalmente abriera.

Le cortó también todo trato con su propia familia, y de tal modo se conducía que sus amigas no podían verla, obligándola á vivir aislada y reclusa á manera de mujer oriental.

Sin que para ello hubiera ni la más tenue sombra de razón, la difamaba haciéndola pasar como un sér vil que ha perdido todo honor, arrojándole el insulto á la propia cara y hasta en presencia de sus propios hijos.

Llegó también hasta el extremo de amenazarla de obra, pues un día habiendo llamado doña Julia á algunos de los miembros más cercanos de la familia, para ver de poner fin á los continuos pleitos y molestias que le causaba su marido, y encontrándose en el comedor de su casa, don Osbaldo, en presencia de don Luis, padre de ella, y de sus hermanos don Luis Felipe, don Alberto, doña Rosa y doña Lucila, comenzó á ofenderla con palabras duras, y sin respetar á nadie, tomó un vaso para arrojarlo, cuando lo contuvieron todos, impidiéndole que llevara á cabo su intento.

Habiendo ellos hecho salir á doña Julia del comedor, don Osbaldo les manifestó que si ella quedaba esa noche en su casa, él no respondía: que la mataba.

En otra ocasión en que la amenazó de muerte, doña Julia le contestó con estas enérgicas y dolorosas palabras: "nada tiene que cumplas tus deseos, pues yo no tengo amor á la vida ni miedo á la muerte", y se levantó de la mesa donde estaba almorzando, y se fué á llorar al aposento.

Ya otra vez Odio se había expresado ante de uno de sus parientes, diciendo que: "sólo que esa maldita mujer desapareciera, sería feliz y viviría contento ó tranquilo."

Fundada en todos estos motivos, doña Julia Odio pidió la declaración del divorcio, y caso de que éste no procediera, la separación de cuerpos, y asimismo la liquidación de la sociedad conyugal. Don Osbaldo, temiendo que la sentencia le fuera adversa, terminó una transacción por la cual le aseguraba á ella \$ 100,000 con hipoteca de bienes raíces, quedando comprometido á darle buen trato, lo necesario para la casa y \$ 400 mensuales, (que nunca le dió), como intereses del expresado capital, que quedó administrando.

Más ¿quién iba á imaginarse que desde el momento en que doña Julia consiguió que su marido le otorgara escritura á su favor por los \$ 100,000, estaba ya firmada su sentencia de muerte? Osbaldo Odio era hombre que sacrificaba los más nobles sentimientos ante el a-

mor entrañable al dinero: nada, nada absolutamente le importaba todo con tal de no menoscabar su capital: qué se hunda la esposa, que se hunda el hermano y la familia toda, nada significa, decía él, pero sálvese mi haber.

Un día se acercó el malvado á su propia familia, que era también la de su esposa; hizo llamar á una de sus sobrinas y á su marido, y les dijo que deseaba que viniera don Luis, su hermano y suegro, para hacerle presente á él y á toda la familia sus intenciones, que eran muy malas, pues no daba más que tres meses de término para que doña Julia le cancelara la escritura, deshipotecando sus bienes; que él no podía vivir con sus fincas hipotecadas; que de lo contrario les pesaría mucho, mucho; que tenía su plan ya formado, y lo llevaría á cabo, y que á don Luis mismo le pesaría toda la vida el resultado de eso.

También se complacía en hablarle en los peores términos de su padre, su propio hermano, y, no contento con esto, lo obligó á malvender una finca que tenía en Cachi, para pagarle una suma que le adeudaba, y por la cual le pagaba los intereses, trayendo eso como consecuencia la ruina de don Luis.

De una declaración consta que don Osbaldo trataba de buscar un hombre que se hiciera cargo de ir á asesinar en Cartago á un individuo, que se supone sea su hermano.

Con todos estos antecedentes, y muchos más, que aquí omitimos, ya puede suponerse quién había de ser el victimario de esa noble mujer.

En la mañana del 18 de Enero, una criada encontró á doña Julia bárbaramente asesinada en su propio lecho. Había sido degollada, y con una masa de piedra, que apareció al pie de la cama, le habían hundido y roto las sienas.

A los gritos de espanto y de dolor de la sirvienta, la casa se puso en movimiento, acudiendo en seguida varios vecinos y transeúntes é individuos de policía.

Sólo el marido se mostraba casi frío en tan críticos momentos, y lo que nunca había hecho hasta entonces, replegado en su cuarto, ese día no se levantó sino mucho más tarde de lo que acostumbraba; y cuando le fueron avisar de lo ocurrido, se desperezaba, como fingiendo ignorarlo todo.

Esa misma mañana aun tuvo valor ú osadía de ponerle á su sobrina, una hermana de la víctima, que vivía en Cartago, el siguiente telegrama, firmado por él: "Julia ha dejado de existir; avise á la familia."

La sociedad entera se conmovió ante la noticia del crimen más nefando que se haya visto en el país.

Inmediatamente las autoridades judiciales y el Médico del Pueblo se constituyeron en la casa á levantar la información correspondiente.

Don Osbaldo Odio fué hecho preso y remitido á la cárcel.

La familia dispuso que el cadáver fuese sepultado en Cartago, y en la tarde de ese mismo día en un tren expreso, y con gran acompañamiento, fué conducido á esa ciudad.

El marido sigue en su jaula de prisión, y la sociedad impaciente espera há tiempo el fallo inexorable del Juez.

LA MAGNOLIA

(A Pepilla)



Toda la noche estuvo en movimiento trayendo el aura átomos de olores, como abeja afanosa, de las flores robando al polen perfumado aliento.

Ya del trajín el opio soñoliento cogió al artista en lazos tentadores, y el pomo se voló de los colores salpicando al azar el pavimento.

Descorrió el alba del balcón de oro la rosada cortina con desmayo; se escuchó en el vergel celeste coro entonado del sol al primer rayo, y tálamo del ángel de la noche la *magnolia* gentil rompió su broche!

JUAN F. FERRÁZ.

San José, 27. II. 94.

UNO MAS.....

(Estudios del natural.)

—Papá, gritaba una de mis niñitas, entrando en mi cuarto, en la puerta de la calle está un caballero que habla en un idioma que no entiendo.

—Vé, que éntre, hijita, haciéndole señas, que es la mímica el idioma universal.

Salí de mi cuarto y en la sala encontré, aún de pié, porque no se atrevía á sentarse, á un hombre, joven de 22 á 24 años, mal vestido, pero con aseo. Su barba rubia era naciente y espléndida la cabellera ensortijada.

En su cara leíase todo un poema de sufrimientos y agonías.

Pálida y demacrada aquella simpática fisonomía, notábase en ella, á primera vista, la huella que deja la desesperante agonía del hambre.

—Tenga usted la bondad de sentarse, le dije.

—Ich verstehe nicht, me contestó en buen acento alemán.

—Ah!... ¿Es usted de la tierra de Schiller y de Goethe? le pregunté en el mismo idioma.

—Sí, señor!

—Y se le ofrecía á usted.....?

—Tengo hambre, señor!

Y al pronunciar esa fatídica palabra, la cara de aquel pobre joven tornóse roja. Diríase que toda la sangre de su cuerpo se reconcentraba allí.

—“Hambrel, exclamé aterrorizado, disponiéndosele diera algo de comer. ¿Y es posible, me dije para mí, que en tierra de cristianos un hombre tenga hambre? Es posible que el mismo insecto, el inmundito reptil que se arrastra por el lodo, sacien su apetito, y el hombre, es decir, el rey de la naturaleza, exclame avergonzado: “dadme de comer porque el hambre me mata?”

¿En dónde está entonces la Providencia? ¿Qué se ha hecho la humanidad?

Por más infamante que sea el estigma que el hombre lleve sobre la frente, mayor debe ser la conmiseración.....”

Estas y otras reflexiones me hacía, cuando el joven, terminado que hubo de comer, levantándose me dijo conmovido:

—Gracias, señor!

—Permítame usted que le brinde un cigarro; y si no pecho de curioso, le suplico se sirva decirme ¿por qué se encuentra usted tan lejos de sus lares y en tan tristísima situación?

—No es un secreto, señor, y voy á complacerle, me contestó, encendiendo el cigarro que acababa de ofrecerle, y sentándose nuevamente agregó:

—Soy ambicioso. Mi profesión de Ingeniero Civil no me producía lo suficiente para atender á los gastos de mi madre y tres hermanas menores que tengo.

Hablábase mucho en mi pueblo de una Compañía recién formada para los trabajos de cierto ferrocarril importante en la República *** y después de consultarlo con mi madre, recibí su bendición regada con lágrimas que aun me quemaban el corazón, y besando á mis hermanas, á quienes dejaba en abandono, partí para la ciudad de H ***, presenté mi diploma al Jefe de la expedición, me enganché, como suele decirse, bajo muy buenas condiciones, y pocos días después partí con rumbo á América.

¡Cuántas ilusiones acariciaba mi fantasía! Dejaba, en verdad, en triste situación á mi santa madre, á mis inocentes hermanitas; pero me consolaba la idea de que pronto estarían á mi lado en esta preciosa tierra de Colón.

Llegamos á nuestro destino; estalló una guerra estúpida entre hermanos; los trabajos no se pudieron comenzar; el Gobierno no pudo cumplir los compromisos contraídos con la Compañía; la guerra continuó desolando á aquella República; traté de reclamar del Representante de la Empresa; éste se embarcó para Europa de la noche á la mañana, dejándome con otros compañeros en tierra extraña, sin recursos ni recomendaciones, y perdida toda esperanza de traba-

jo é indemnización, salí de aquella nación, y he llegado aquí, enfermo, abandonado, sin esperanzas de colocarme y sin conocer el idioma del país.

Esta es, señor, mi historia. Hace apenas dos días que he llegado, y es á la puerta de U. á la primera que he llamado.

—¿Pero en aquella República no tiene su país un Representante? ¿Por qué U.....

—A él me dirigí; le mostré mi contrato y me dijo que ya estaba en autos y que todo se arreglaría.

Supe después que entre mi jefe, el Representante de mi patria y los Ministros del Gobierno, habían hecho no sé que arreglo que sellaron con algunas copas de champagne, y cuando volví á la legación se me dijo que el Ministro había partido en comisión de paz nombrado por el Gobierno cerca de los beligerantes.

—¿Pero no tiene U. esperanzas de que se le reconozcan más tarde sus derechos y se le indemnice?

—Es posible, señor; pero de aquí á allá, qué será de mí? ¿Cómo hago para volver al lado de los míos?

—¿Por qué no ocurre U. á sus paisanos? La colonia alemana es grande aquí, y está compuesta en su totalidad de hombres de corazon. Mucho podrían hacer por U.

—Mis paisanos!.....Ignora U. acaso que los paisanos son nuestros primeros y gratuitos enemigos?

—Permítame U. que.....

—Voy á probárselo, agregó.

Si el extranjero que llega es hombre de posición pecunaria, es atendido inmediatamente por la colonia de su país, porque deja de ser, según sus miembros, una carga pesada para ella. Si tiene alguna profesión y necesita recursos para establecerse, sus colegas le hacen cruda guerra y todas las puertas se le cierran; y si desgraciadamente llega á la triste situación mía, todos le huyen, le abandonan, le dejan morir como á perro y después, para echarlas de filántropos y para que la sociedad no los marque con el dedo, costean la hechura de un mísero ataúd, y en fosa ignorada, sin una lágrima siquiera que empape su sudario, arrojan el cuerpo del desgraciado sin que les importe nada la agonía de los que hubo de dejar allá, del otro lado de los mares! En el Consulado se inscribe su nombre en el libro de los muertos y.....*requiescat in pace!*

Otro más en la fosa común de los desgraciados, y uno menos que contraría la desmedida ambición de los demás!

—Efectivamente, joven; las más de las veces así sucede; pero eso no obsta para que U. pruebe.....

—Probar.....¿quiere U. que á mi lamentable situación actual, agregue el frío desencanto de una amarga negativa? Jamás!!

—Entonces.....

—Lucharé, sí, lucharé á brazo partido contra el proceloso mar de mi infortunio. Aún hay un Dios en el cielo que vela por sus criaturas!

—Sí, y tarda algunas veces, siempre vela.

—Y si no encuentro trabajo á pesar de mi competencia en mi profesión; si no puedo trasportarme á un puerto marítimo con rumbo á Europa, entonces.....y una mortal palidez cubrió su rostro que.....entonces hay situaciones en la vida tras de las cuales hasta el suicidio se esconde!

—¿Y dónde está entonces esa lucha de que U. habla? Dónde está su amor filial? ¿Acaso por más horrible que sea la situación de un hombre, tiene derecho para disponer de una vida que no le pertenece? Cree U. que en este mundo todos debemos gozar de las prerrogativas que proporciona la riqueza?

“Joven, sin lucha no hay vida. En sus zarzales estamos obligados á dejar girones de nuestra existencia, y por mandato divino, todos, cual más cual menos, tenemos nuestra calle de amargura! Hoy vamos dejando estelas de lágrimas, de acíbar; mañana, ya no probaremos la cicuta!

Cuando cruce por la mente de U. la idea candente del suicidio, piense en los suyos. Por más desesperado que esté, debe haber en un rincón de su alma,—algún recuerdo para su madre!

Aún tiene U. en la tierra sagrados deberes que cumplir!

Por lo demás, yo también soy pobre, cargado de familia; pero llame U. á mi puerta, que siempre se le abrirá.

—Gracias, señor; sus palabras me han hecho un inmenso bien, y se despidió.

.....
Pocos días después, paseando por el Parque, ví sentado sobre los escaños de madera al infortunado joven, y parecióme la estatua del sufrimiento sobre el pedestal de la resignación.

HOWARD.

Medallones.

I

Brota de la hermosura placentera
en tu semblante á la inocencia unida
una expansión de fuerza parecida
al nacer de lozana primavera.

Con dulces ansias el amor te espera,
y por risueñas hadas conducida
el triunfal regocijo de la vida
anima y embellece tu carrera.

Tus labios incitantes, si sonríes,
son á la mente que el placer invoca
manojos de encendidos aléijis;

y por eso al matiz que los provoca
acuden, como ansiosos colibríes,
en bandadas los besos á tu boca.

II

Bajo el rico dosel de tu cabello
tu semblante moreno y sonrosado
es un suave crepúsculo bañado
por el pálido nácar de un destello.

Hermanas lo apacible con lo bello
y ostentas la dulzura y el agrado
con que tiende, al sentirse acariciado,
el cervatillo tímido su cuello.

Sangre de rosa por abril nacida
en tus mejillas difundir parece
una savia magnífica de vida,

bajo cuya virtud germinadora
tu alma de virgen á la par florece
como un botón de pétalos de aurora.

III

Para ser vencedora en la partida,
ante la muchedumbre lisonjera
luces, manto imperial, tu cabellera
sobre la espalda mórbida tendida.

Es tu boca libélula encendida
entre lozanas rosas prisionera,
y flota tu poder como bandera
sobre la turba dócil y vencida.

Salve, reina gentil!: es tu mirada
joya real para tu noble frente
en negros azabaches engastada;

á cuyo vivo y singular destello
el venturoso que te mira siente
la majestad eterna de lo bello.

IV

Tu pupila es luciérnaga que embebe
en campo negro claridad radiosa,
y como signo de virtud, rebosa
albor de lirio tu semblante de Hebe.

Cogida en haz tu cabellera breve
sobre tu blanca sien de tuberosa
aseméjase á un cuervo que reposa
de una cima polar sobre la nieve.

Conviértense al poder de tu decoro
las ansias palpitantes y terrenas
en vagabundas mariposas de oro:

pues eres del pecado en el empeño
para la mente mundanal apenas
el emblema de carne del ensueño.

V

En el linde vital en que floreces,
donde sus formas la niñez aleja
tu joven cuerpo de mujer semeja
un botón de apretadas redondeces.

Lucir en tu cabello me pareces
el brillo con que el ébano refleja,
y tibia tarde en tu semblante deja
vagar crepusculares languideces.

Como en azul de cristalino cielo
es en tus grandes ojos la pupila
garza morena que reprime el vuelo;

mientras cual ave en florecido ramo
tu pensamiento tímido vacila
si descoge sus alas al reclamo !

VI

Por hija suya el trópico te aclama:
como luz de bruñido reverbero,
de tu pupila el pavonado acero
despide vivos átomos de llama.

El fuego de la vida que te inflama,
como un clavel, en rico pebetero
de orientales aromas prisionero,
tibias esencias de pasión derrama.

Tu melena sus rizos amontona
y finge, de crepúsculos tejida,
en la sien de la tarde una corona:

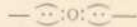
eres en todo la estival belleza
que con efluvios cálidos convida
al placer soñador de la pereza !

JUSTO A. FACIO.

PARA VENTAS.

Ricardo Fernández Guardia.

(Para "Notas y Letras".)



Desde que leí los primeros trabajos de Ricardo, he guardado para él mucha simpatía y mucha admiración.

Es todo un artista. Gusta de la frase sonora, del período ancho, abierto, cincelado con bizarría.

Tiene su página maestra: "Sevilla". Allí, en todo y por todo, se ve la huella certera de un artista acabado. Más tarde ha escrito "La Princesa Lulú", "El Derviche", "Tapaligui". Todo es trabajo viril.

Ha estado en España, en Toledo, en Sevilla, en Madrid. Ha visto á los viejos maestros hispanos y ha estrechado fraternalmente las manos de los jóvenes maestros que hacen la revolución artística moderna en el pleno campo del viejo clasicismo.

Me hablan de un juicio sobre Salvador Rueda y acompañan sus decires con frases de elogio. Es un soberbio trabajo. En espera de él estoy, pues Ricardo ha ofrecido enviármelo.

Ojalá que Fernández Guardia coleccionara en un solo volumen sus trabajos sueltos, para honra de las letras americanas !

ARTURO A. AMBROGI.

San Salvador, Diciembre de 1893.

San José de Costa Rica.

(Concluye.)

Desde que se sale de la Estación y se va, cara al Poniente,—marchando con el sol,—penetran-

do en San José, siéntese uno agradablemente atraído y no puede cesar de elogiar detalle tras detalle, cada parte y cada particularidad de aquella ciudad joven que parece una muchacha de quince en traje de novia.

Antes dije que la nota característica de la capital de Costa Rica es su movimiento, su actividad, su vida comercial; y en efecto, sin que dejen de tener su comercio propio las provincias, hoy por hoy y acaso para muchos años, hállase concentrado el negocio bursátil y mercantil de tal modo en San José y de allí es de donde se ramifican las operaciones sobre todo el país.

Aquello de que hasta los indios van al Mercado Central, de todos los rincones de la nación, el sábado santo, á comprar lo necesario para la gran vigilia, es casi general hasta para los artículos de uso más corriente, por más que se hallen en provincias,—y acaso más baratos,—pues no diré ya en cuanto á objetos de lujo y última moda, sino en todo, San José da el tono á Costa Rica, y sus preciosas tiendas, más de una docena de las cuales no se avergonzarían de lucir en una gran capital europea, en París mismo, ofrecen en verdad todo cuanto pueda apetecer y buscar el más exquisito gusto.

De los diez millones de pesos de importación que hace el país, pertenecen sin duda los dos tercios al comercio de la capital.

Hase acomodado de tal modo la vida elegante, aunque sencilla, del buen tono, que jamás degenera en lo cursi, á la sociedad de aquel centro que nadie desconoce en todo el país, que hay que recurrir á la capital para oír la última palabra de la moda.

Esto no obstante, no se crea que en Costa Rica se gasta hasta el despilfarro en los caprichos de esa voluble hada de la *high life*; antes al contrario gusta ver que la más encopetada de las damas y la pollita de más pretensiones, se contentan con un traje de mediana tela, de perala ó de hilo las más veces, en que el corte atildado y el buen gusto en el adorno suplen perfectamente los chispazos deslumbradores y engañosos del lujo derrochador.

Es la mujer costarricense, y á ella me refiero desde luego principalmente, tan modesta y hacendosa, tan poco amiga de ostentar, que brilla precisamente por la sencillez de su atavío.

El hombre no es menos parco en su vestir y económico y medido en todo, hasta el extremo de aparecer á veces como pobre, con su americana y su hongo, el que cuenta por centenares de miles sus *pesares*, como á los duros llama el lenguaje chispeante del vulgo familiarmente.

Tau infiltrada está en el carácter del costarricense esta llaneza de porte, que no es extraño ver al artesano y al industrial, culto y sociable como es, tanto en la capital como en provincias, y hasta el mismo labriego de mediana posición,

tan bien vestidos en domingos y días de fiesta como el más acaudalado capitalista.

Reina por este motivo, y por el de la general cultura, una igualdad práctica allí, que es ya rayana de la democracia pura.

Así también se ve que el Presidente no se distingue en nada, ni en su casa ni en la calle, de un ciudadano cualquiera.

No se le ve acompañado de edecanes ni de cortejo alguno. Viste y va tan modestamente á todas partes y en todas ocasiones como el más mediano caballero.

Y así es también en lo de recibir á todo el mundo sin ostentación ni aparato de ningún género.

En esto ha llegado Costa Rica al ideal republicano.

Pero volveré á mi objeto principal, cual es, hablar de la ciudad capital de Costa Rica.

Sus anchas y espaciosas calles macadamizadas, aunque no perfectas, vense pobladas constantemente de vida activa y enérgica desde muy temprano de la mañana hasta altas horas de la noche.

La buena costumbre de tener abiertas sus más lujosas tiendas hasta después de las 10 p. m., hace encantador el paseo de las ocho en adelante, y las señoras y señoritas pululan frecuentemente por aquellos bazares del buen gusto en busca de lo que durante el día, ocupadas en sus faenas domésticas, tan hacendosas son, no han podido procurarse. Ni se fían en criados; ellas quieren escoger por sí mismas lo mejor y más adecuado á sus deseos.

Las calles, iluminadas con lámparas eléctricas de arco, y los establecimientos con elegantes y caprichosas luces incandescentes, dan á la ciudad un aspecto risueño y animado en esas horas de agradable vagar.

Un detalle que ya pinta la vida elegante y culta de San José de Costa Rica es que se ven concurrir á los salones del Gran Café, á los del Gran Hotel, á los de Eureka, donde el hielo solidifica la leche y los jugos de diversas frutas en elegantes cónicos y rebosantes sorbetes, las jóvenes más elegantes y sus respetables mamás, y en promiscua tertulia suelen pasar ambos sexos en esos atrayentes sitios las mejores horas de la noche, haciendo prácticamente moral y sociable á la juventud, que sin esas y otras honestas distracciones, acaso correría por el tenebroso sendero del vicio y de la perdición.

Tertulias caseras frecuentes, conciertos domésticos, canto y piano, por acá y por allá, en toda la población, en las dulces horas de la primanoché, son rasgos típicos de San José.

Así se hace vida amena y sana: en el día el afanar sin tregua; en la noche el honesto recreo y el descanso.

Es San José de Costa Rica una ciudad ingenuamente coqueta, como esas muchachas tan guapas como inocentes, que ignoran el mérito

de sus encantos, pero que saben ostentarlos, y van inconscientemente subyugando voluntades al regío y airoso porte de su beldad.

No quiero juzgarla desde el punto de vista serio y descarnado del estadista.

Mi pensamiento es hacer una acuarela, un paisaje á la pluma, ó algo así.

Nueva, nuevecita, sin ningún resto de la colonia, ni monumento alguno que recuerde la mano férrea del conquistador, sin tradiciones siquiera, se debe toda á la época posterior á la independencia.

Puede decirse de ella: *tota pulchra est.*

En la fresca madrugada se la oye desperezarse, saltar ligera del lecho de amapolas en que dibujó ensueños de angelitos y gnomos juguetones, correr al baño fresco y rejuvenecedor, y después, sacudida la cabellera de hilos de ébano, ponerse á la tarea, no bien ceñida aún, y arremangada, á guisa de moza de hostería, que menos tiene de Maritornes que de Princesa encantada, con las mejillas que ponen enojos en la rosa, y los labios que dejan pasar el cálido aliento del clavel, y los senos palpitantes como las ondas de un lago levemente agitado por la brisa; vévela, digo, que alista el hospedaje para todos, calienta el hogar con el ardor de sus ojos y pone en torno efluvios de su aliento de gratísimo aroma de juventud.

Es rasgo que sobresale en San José, la hospitalidad franca y generosa.

Allí se siente el extranjero en su casa, *quite at home, tout á son aise.*

Bulle durante el día el enjambre, y las transacciones y el tráfico mercantil y el vaivén gigantesco y múltiple de todo el que "afana y pretende," llenan la ciudad de vida y de acción.

Es un panorama precioso, que por momentos crece y se extiende, y persiste su imagen en la pupila agrandada, sin interrupción ni solución de continuidad.

Preguntad á los que han visitado una vez siquiera á San José, y veréis que no exagero.

Los *parquecitos* de estilo moderno, por donde quiera que sobra un pedazo de terreno público; florecitas en las ventanas y balcones en casi todas las viviendas, adorno y limpieza extremados por todas partes: eso encanta!

Y encanta y hechiza el afán perfectamente pintado en los semblantes de todos por hacerse agradables y ser hospitalarios.

San José de Costa Rica, no puede tener enemigos; tendrá envidiosos.

Las nacionalidades todas, las razas más diversas de la tierra, allí se confunden y unifican.

San José es un centro perfectamente cosmopolita.

Otro rasgo, para terminar.

La cordialidad y la franqueza son timbres de la sociedad josefina.

En aquella capital en que la llaneza democrática vive mano á mano con la más cortesana

esquisitez, se aborrece y se odia una sola cosa: la hipocrecia.

Quien allí os tienda la mano de amigo, tenedlo por seguro, es todo vuestro: el que os sea enemigo, os dará la ventaja de hacéroslo saber.

Ya está hecho el paisaje.

El pintor es inepto, pero dibuja con sinceridad: es un *ingenuo*.

JUAN F. FERRÁZ.

Guatemala, 12 de Diciembre de 1893.

Advertencia.

Se ha retrasado la publicación del presente número, debido únicamente á haber tenido que esperar el montaje de la prensa rápida de litografía, recién llegada de Alemania.

Con la nueva máquina, la impresión de nuestro periódico será en adelante más breve, pues la parte ilustrada había antes que hacerla en prensa de mano.

ANUNCIOS.

Notas y Letras.

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

Precios de suscripción.

Trimestre adelantado.....	\$ 2-00
Números sueltos.....	0-75
Números atrasados.....	1-00
Anuncios á precios convencionales.	
Administración: CALLE 19, N° 69, N.	

OBRAS

DE

Juan Fernández Ferraz.

DE VENTA EN LA LIBRERÍA DE
VICENTE LINES.

Nahuatlismos de Costa Rica.....	\$ 1-50
Lenguas indígenas de Centro América.	1-00
Tristes (colección de elegías).....	1-00
Colombinas.....	1-00
Cantos escolares.....	0-25
Librito de los deberes.....	0-15
Programa de recitación (1ª parte)....	0-25
Gloria (drama social).....	0-25
La Enseñanza (3 volúmenes varios ej vol.	1-55
La Enseñanza (3 ej número suelto....	0-20

LIBRERIA

Y

TALLER DE ENCUADERNACION

DE

ANTONIO PADRON.

OBRAS NUEVAS.

Alarcón.—El Final de Norma.....	\$ 2-00
„ —El Escándalo.....	2-00
Coloma.—Pequeñeces.....	2-00
Cuevas.—Recuerdos de Antaño.....	1-25
Daudet.—Safo.....	1-75
„ —El Sitio de París.....	1-50
Guerrero.—La pasión de los celos....	1-50
„ —Cuentos sociales.....	1-25
„ —Anatomía del corazón, 2 tms.	1-50
„ —La nube negra.....	0-75
„ —El libro de la familia.....	0-75
„ —Las trece noches de Carmen	0-50
„ —Cantares de un viejo.....	0-50
Garrido.—¡ Pobres jesuitas !.....	1-00
Gautier.—Bajo las bombas prusianas..	1-50
Merouvel.—La confesión de un noble.	1-25
Montepin.—El Médico de las locas. 4 ts.	4-00
Ortiz.—Amores de verano.....	1-00
Pérez Galdós.—Gloria, 2 tomos.....	2-00
„ —Torquemada en la Cruz	2-00
„ —Doña Perfecta.....	1-25
„ —Marianela.....	1-25
Pidal y Mon.—Discursos y artículos li- terarios.....	2-50
Tolstoy.—La Escuela de Yasnaia Poliana	1-50
„ —Marido y mujer.....	1-50
„ —La muerte.....	1-50
„ —El sitio de Sebastopol.....	1-50
„ —El camino de la vida.....	1-50
„ —El canto del cisne.....	1-50
„ —Placeres viciosos.....	1-50
Turguenef.—Primer amor.....	1-50
„ —Aguas primaverales.....	1-50
„ —Un desesperado.....	1-50
Valera.—Cartas americanas.....	2-00
„ —Nuevas cartas americanas..	2-50
Valbuena.—Ripios vulgares.....	1-75
„ — „ académicos.....	1-75
„ — „ aristocráticos.....	1-75
„ — „ ultramarinos.....	1-75
„ —Agridulces.....	1-75
„ —Capullos de novelas.....	1-75
Wagner.—Recuerdos de mi vida.....	1-50
Zola.—Las veladas de Medan.....	1-50
„ —El doctor Pascual, 2 tomos...	3-00
„ —Nana.....	1-75

PAUL WEDEL

ofrece en su tienda, situada en la esquina del Gran Hotel, un precioso surtido de toda clase de géneros para señoras, caballeros y niños.

Para la estación de verano ha recibido de los mejores almacenes de Europa, verdaderas novedades de pequeño y gran lujo, que ofrece á módicos precios.

Una visita á su bazar dejará satisfecha á la persona más exigente y del gusto más delicado.

TIP. NACIONAL.